



1962. Ana María García con su hija Ana, en la oficina de Telégrafos

ANA MARÍA GARCÍA ESTEBAN, ÚLTIMA ENCARGADA DE LA ESTACIÓN DE TELÉGRAFOS DE BARBASTRO

La comunicación humana

La necesidad de comunicación que ha tenido el ser humano le ha llevado, no sólo a desarrollar el lenguaje, sino a idear diferentes sistemas de signos y escrituras para poder comunicarse de forma perdurable. Pero además, cuando la distancia que los separaba era grande, tuvo que inventar otros mecanismos para conseguir relacionarse, es lo que se conoce como telegrafía o arte de transmitir a distancia el pensamiento humano por medio de signos. Ésta puede ser acústica, óptica, utilizando el fuego por la noche y el humo y los destellos de día, o eléctrica. Pero todos estos sistemas no eran lo rápidos y útiles que precisaba la sociedad industrial, hasta que, finalmente, se descubrió la telegrafía eléctrica.

Historia de la telegrafía

A finales del siglo XVIII el francés Chappe diseñó un sistema de señales mediante un dispositivo mecánico con brazos que supuso un adelanto importante en las comunicaciones. Posteriormente, hubo una serie de descubrimientos que crearon la base de la telegrafía eléctrica, por ejemplo, el español Francisco Salvá, en 1805, experimentó un telégrafo utilizando la pila de Volta. Posteriormente, en 1837, el alemán Steinheil descubrió el retorno de la corriente por tierra, imprescindible para la telegrafía con un solo hilo. Finalmente, en 1844, el estadounidense Samuel Morse, inventó un aparato telegráfico y el “Código Morse” que terminó imponiéndose a cualquier otro sistema de telegrafía conocido en el momento.

La telegrafía en España

En 1846 se construyó un aparato de telegrafía óptica, similar al de Chappe, para uso militar y civil, mediante una serie de torres que unió Madrid con Irún, siendo considerado como el prolegómeno de la telegrafía española. Posteriormente, en 1852, el Ministro de la Gobernación comisionó a José M^a Mathé para estudiar los sistemas de telegrafía eléctrica que se estaban desarrollando en Europa y con su experiencia, dos años

después, los mismos torreros ópticos construirían primero una línea telegráfica entre Madrid e Irún y, posteriormente, las de Madrid-Valencia-Zaragoza y Madrid-Cádiz. Por su parte, las compañías ferroviarias comenzaron a instalar sus propios telégrafos eléctricos, líneas que fueron utilizadas para servicios oficiales y algún particular.

La sencillez e inmediatez de estos sistemas de comunicación convencieron al Gobierno a construir sus propias líneas para correspondencia oficial, aunque el 1-III-1855 comenzó a admitirse algún telegrama privado y, en vista de la aceptación, se publicó la Ley de 22-IV-1855 que abrió definitivamente la red telegráfica al público. El objetivo era poner en comunicación la Corte con todas las Capitales de Provincia, llegando a las fronteras francesa y portuguesa mediante una red telegráfica radial. El desarrollo fue muy rápido y en 1861 todas las capitales, Baleares y norte de África estaban conectadas.

La telegrafía eléctrica nació como un servicio público, además de su interés político, económico y periodístico. El telégrafo fue el segundo gran pilar de las comunicaciones del siglo XIX, pues no había alternativa posible en rapidez a la transmisión de la información, por lo que nació amparado por los aparatos de poder, la Corte y el Estado, tanto en lo concerniente al orden público como a lo militar, por lo que su construcción la asumió el Estado. Por otra parte, la creación de los Cuerpos de Correos y Telégrafos se encuadra dentro de la formación del Estado liberal, en un momento en el que se estaban formando diferentes cuerpos al servicio de éste que le garantizaran unas comunicaciones eficientes sin las cuales su acción hubiese resultado imposible. Además, el mundo económico no hubiera podido crecer como lo hizo, ni hubieran aparecido las agencias de noticias, ni los periódicos como los conocemos hoy en día.

Fechas importantes para el Cuerpo

Entre otras muchas, habría que mencionar el 6-X-1852, fecha de fundación de la Escuela de Telegrafistas, confirmada por la ley de 1855; el 2-IV-1856 fecha del primer Reglamento, considerada como la del nacimiento del Cuerpo; 1879, año en el que se permitió a las mujeres manipular en oficinas pequeñas, sólo si eran esposas de telegrafista; otra fecha muy especial es junio de 1884, en que se admitió como “auxiliares temporeras a las mujeres solteras de más de 16 años o viudas en el servicio teleográfico”, momento real de acceso de la mujer a Telégrafos; es importante el 3-VI-1913, pues se crea La Escuela Oficial de Telegrafía o el 23-II-1915, fecha del nuevo Reglamento del Cuerpo.

El personal de Telégrafos

Inicialmente, formaron el Cuerpo los torreros del telégrafo óptico y algunas personas con conocimientos específicos, como los militares de Ingenieros, que crearon la elite de carácter técnico. Posteriormente, en 1915 se definió las categorías laborales: inspectores y jefes de centro, jefes de sección, oficiales de 1ª, 2ª, 3ª, 4ª y 5ª y personal auxiliar, como mecánicos, auxiliares femeninos, celadores, conserjes, repartidores y ordenanzas. Las auxiliares femeninas podían ser Auxiliares Mayores de 1ª, 2ª y 3ª, que ingresaban por oposición, pero que al casarse pasaban a supernumerarias y sólo podían volver si enviudaban; su trabajo se centraba en la transmisión y en llevar la contabilidad. Los celadores se seleccionaron entre guardias civiles o tropa licenciada, encargándose de las líneas que revisaban diariamente a pie, pero como el robo de hilos y postes telegráficos era habitual, en 1871 se encargó a los peones camineros del mantenimiento de las líneas. Finalmente, en 1910, se concedió a los capataces y celadores la condición de guardajurados.

Material y oficinas de Telégrafos

Excepto los postes y los aisladores de porcelana, el resto del material telegráfico tuvo que ser importado del extranjero. Para las líneas telegráficas se usaban postes de 7-8 metros de altura, habitualmente, de pino, tratados con sulfato de cobre o creosota, para evitar su putrefacción y los parásitos. Se plantaban a 1'5 m. de profundidad, usando la barra y el cazo o pala larga acodada para sacar la tierra. Cuando en un poste iba más de un hilo, se le añadían crucetas de madera, con aisladores que sujetaban los hilos, inicialmente, de hierro galvanizado y, posteriormente, de bronce o cobre que soportaban mejor la corrosión. El último poste de una línea se denominaba poste de entronque, que empalmaba los hilos interurbanos con los urbanos. El tendido de líneas telegráficas, ante la escasez de vías férreas en España, tuvo que hacerse por caminos, campos y montañas, siendo muy difícil de mantener, a diferencia de las tendidas junto a las vías que permitían el desplazamiento de los celadores y su reparación con más facilidad. Esta red aumentó con el R. D. de 29-I-1889, pues contemplaba la apertura de oficinas en las cabeceras de los partidos judiciales y en las redacciones de los periódicos.



1962. Oficina de Telégrafos en la Avenida del Ejército Español. Se ve la sala de aparatos con el teletipo Siemens en primer término; en la pared de la derecha el conmutador principal para hacer pruebas y, posteriormente, otra mesa con el Morse y los manipuladores. Al fondo, la celosía de la oficina Telebén

Una instalación telegráfica básica debía contar con un manipulador o transmisor, una línea y el receptor, inicialmente el sistema Breguet. También había conmutadores para controlar la corriente y hacerla pasar por el hilo que se deseaba; galvanómetros para ver la intensidad de la corriente y descargadores, para evitar que las descargas atmosféricas que caían en las líneas produjeran problemas en equipos y personas. Posteriormente, en 1856, la Dirección General de Telégrafos adquirió aparatos Morse, porque no dependían de la corriente eléctrica, permitiendo su instalación en núcleos urbanos sin electricidad, pues utilizaba pilas Daniel, con vasos de vidrio y cilindros de zinc sumergidos en sulfato de cobre, sistema que se mantuvo en servicio cien años. Y también por la simplicidad del sistema y efectividad del código de puntos y rayas que permitía recibir a oído con los acústicos, que era un electroimán, o a vista, leyéndolo en la cinta que

imprimía el aparato con las oscilaciones de la aguja de un galvanómetro. El modelo Morse adquirido era el mejorado en Europa con un mecanismo de relojería. También se utilizaron otros sistemas como el Hugues, con un teclado blanco y negro, similar al del piano o los que aparecieron en el primer tercio del siglo XX, el diseñado por Emile Baudot y el teletipo o teleimpresora que imprimían en caracteres alfabéticos.

El documento telegráfico por excelencia ha sido el telegrama y para su transmisión había unas reglas fijas. Para comenzar a transmitir había que hacer una señal de llamada con el indicativo de la estación y quien la recibía contestaba con su indicativo y si podía recibir, así cada uno sabía con quien estaba en contacto. Cuando se finalizaba la transmisión se daba la señal de conforme, para que el que había mandado la comunicación supiera que había llegado completa, es decir, texto, dirección y remitente. Como refiere Sebastián Olivé en su *Historia de Telégrafos* “Probablemente uno de los lazos que unía a los telegrafistas –por lo menos a los antiguos telegrafistas- era el conocimiento del morse”. Era como si hubiera una hermandad con un lenguaje secreto.

Por lo que respecta a las oficinas de Telégrafos, hay que decir que debían instalarse en locales municipales, lo que generó infinitos problemas en localidades sin recursos, por lo que fue muy frecuente que terminaran en casa del telegrafista. En las estaciones municipales el Ayuntamiento se hacía cargo de todo el coste, excepto del sueldo de los telegrafistas y del aparato Morse. La categoría de las oficinas dependía de su ubicación, las de 1ª, en ciudades importantes, contaban con una plantilla que prestaba servicio permanente; las de 2ª, con una plantilla reducida, daban servicio de día completo y las de 3ª con servicio limitado, al haber un único telegrafista. Inicialmente, las oficinas compartieron local con Correos, pero en 1895 se separarán, aunque las fusiones y separaciones de las oficinas de Correos y Telégrafos estarán en función de la disponibilidad económica de la Administración y ayuntamientos.

El telégrafo llega a Barbastro

Según refiere Luis Enrique Otero Carvajal en su trabajo *El telégrafo eléctrico, 1833-1900*, en el año 1857 comenzó a tenderse la línea entre Zaragoza y Barcelona, pasando por Huesca, Barbastro, Lérida, Valls y Tarragona, obra que sería entregada el 17-V-1857. Leyendo el *Libro de Gestis de la ciudad de Barbastro*, en el año 1856 hay una nota que dice “se estableció la línea del telégrafo eléctrico cuya estación se fijó en el exconvento de Paules”, es decir, que Barbastro dispuso de estación de Telégrafos con morse casi desde el primer momento, instalándose en un edificio que el ayuntamiento había restaurado en 1854 para edificio público, ubicando un cuartel de tropa, el de Guardia Civil y la Sala de Audiencia del Juzgado de 1º Instancia. Todas estas dependencias, incluido Telégrafos, fueron desalojadas en 1887 por amenazar ruina.

A partir de este momento las noticias sobre la estación de Telégrafos son muy escasas y fragmentadas. Por ejemplo, en 1864 el encargado de Telégrafos era Lucas Gil y en 1865 se transmitieron 1.164 telegramas, recaudando 703'7 escudos, según datos facilitados por Sebastián Olivé. Posteriormente, en 1890 el telegrafista era Simón Pascual Urgel que vivía en el Coso nº 2. Finalmente, en la *Guía de Barbastro 1908* aparecen Juan Lobe, como Administrador de Correos y Miguel Sanz como telegrafista. Una vez finalizada la Guerra Civil de 1936-39 la estación de Telégrafos estaba en la calle Monzón, en un caserón antiguo propiedad de Carmen Plana, ocupado en la actualidad por la Telefónica y un pasaje comercial, y según la *Información técnica y comercial del Ministerio de Gobernación, de 1940*, el Jefe de Correos era José Betorz

Torres y en Telégrafos estaba Augusto Vázquez Reija, con servicio limitado; pero en marzo del mismo año, el Jefe de Centro de Huesca solicitó a la Dirección General ampliar el horario completo, de 8 a 22 h., al haber readmitido y destinado a Barbastro al Sr. Caballero Guillén, pues la estación tenía mucho volumen de trabajo.



1943. Carné emitido a favor de Ana María García como Auxiliar telegrafista

Ana M^a García Esteban (Burgos 1924-Barbastro 2006) y la estación de Telégrafos de Barbastro

En 1939 la familia de Ana María se trasladó de Soria a Zaragoza y en las primeras oposiciones que hubo para Telégrafos participaron ella y su hermano Fernando. La preparación del temario, el aprendizaje del código Morse y a transmitir con manipulador corrió a cargo de su padre, Alfonso García Bañares, que era Jefe de Líneas de Telégrafos. Una vez aprobado el examen en Madrid, hicieron prácticas en la central de Zaragoza, donde prestaron juramento de “guardar secreto acerca de las comunicaciones, telegramas y documentos que se le confíen”. Posteriormente, el 21-IV-1943 obtuvieron el título de Auxiliar de Telégrafos y el 28 de mayo fueron destinados a Soria como Auxiliares de Telegrafista, con un sueldo anual de 4.000 Ptas. Ana María, con 19 años, era la mujer más joven del escalafón de Telégrafos.

El primero en recalar en Barbastro fue Fernando, al pertenecer al turno de suplentes, pues el final de la Guerra Mundial y el problema de los maquis determinó que hubiera una guarnición importante desplegada por el Valle de Benasque y Boltaña, generando mucho trabajo en la oficina de Barbastro, ya que a la actividad normal había que sumar la transmisión de los infinitos telegramas militares cifrados en códigos numéricos. Tal era la relación con el Ejército que había una línea de teléfono militar que conectaba directamente con el cuartel General Ricardos. La oficina de la calle Monzón tenía una antesala para el público, sala de aparatos, despacho del jefe y otra habitación con una cama para las guardias nocturnas. La plantilla se componía de dos auxiliares, los

celadores, dos repartidores y un jefe, de los que destacaron Rodríguez Caro, Joaquín Minguillón, Ángel Balboa o Feliciano Mozas.

Ana María ascendió a Auxiliar de 3ª clase, de la Escala Auxiliar Mixta de Telecomunicación, el 1-X-1945 y, posteriormente, el 12-XI-1946 lo hizo a auxiliar de 2ª clase y el año 1948 fue destinada a Barbastro, donde al año ascendió a Auxiliar de 1ª clase, con un salario anual de 6.000 Ptas. Siguiendo un poco los pasos de su hermano, se alojó en *La Matilde* donde había otros funcionarios, como, por ejemplo, Felipe Bernal Cabrerizo, director del Instituto Laboral y también heredó amistades, como, por ejemplo, Pilar Durán y sus hermanos que la arroparon e introdujeron en sociedad.



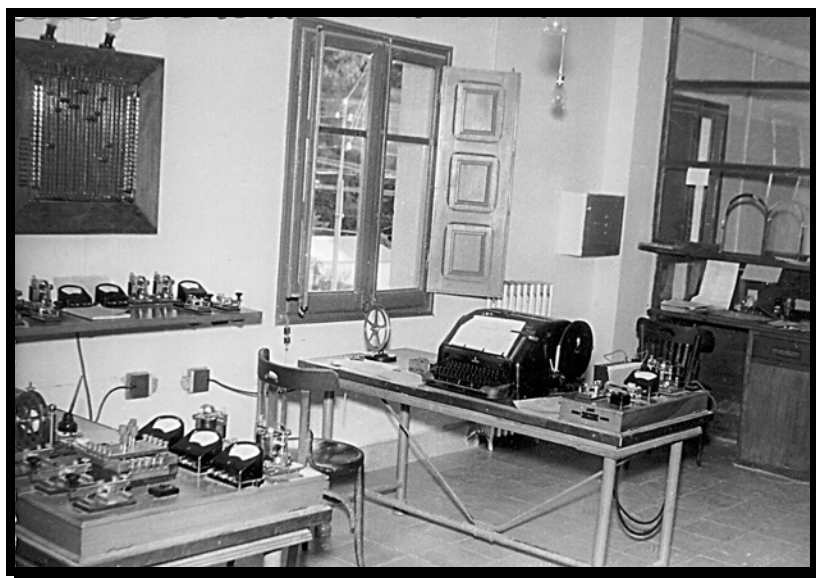
1986. Año de su jubilación, tras cuarenta años de servicio

Su objetivo era conseguir una vacante en Zaragoza, pero su matrimonio en 1953 con Luis Arcarazo Albiñana determinó que un destino de unos meses se convirtiera en 58 años, toda una vida. Posteriormente, en 1958, le correspondió ascender a Auxiliar Mayor de 3ª Clase; en 1964 a Auxiliar Mayor de 2ª de la Escala Auxiliar mixta de Telecomunicación y en 1966, con 25 años de servicio a sus espaldas, solicitó y obtuvo la plaza de Encargada de la Estación completa de Telégrafos de Barbastro, que venía desempeñando desde septiembre de 1960 por enfermedad del titular. Este fue un momento muy importante en su vida profesional y así lo entendimos toda su familia. En 1975 pasó al Cuerpo Especial Ejecutivo; en 1981, fue nombrada Jefa Adjunta de la Oficina Técnica de Barbastro como consecuencia de la fusión con Correos y en 1986, llevando 40 años de servicio, solicitó una jubilación anticipada bastante dolorosa, pues le hubiese gustado seguir hasta la edad de retiro reglamentaria.

Las oficinas de Telégrafos

Esta parte se basa en mis recuerdos y los datos aportados por compañeros, ya que los archivos actualmente están inaccesibles. La oficina de la calle Monzón estaba en un primer piso, un sitio bastante lóbrego y poco acogedor, por lo que esperábamos a que mi madre terminara su turno en el bar de la Sociedad Mercantil que estaba al lado. Pero en cuanto finalizaron las obras del edificio municipal dedicado a estación de autobuses, a principios de los años sesenta, Correos y Telégrafos se trasladó al primer piso del edificio de la Avda. del Ejército Español, a unas oficinas nuevas y luminosas. De alguna manera era regresar a los orígenes, ya que este edificio se construyó en parte del solar del antiguo convento de los PP. Paules, mientras que el resto se dedicó a parque.

Las nuevas instalaciones de Telégrafos disponían de una sala de espera con dos pupitres y, aunque ya nadie sabía utilizarlos, había tinteros, manguitos y plumillas para redactar telegramas y giros, y un gran reloj de pared. La oficina estaba separada del público por un mostrador de madera y una gran cristalera con dos ventanillas y detrás sus mesas correspondientes. Junto a la que utilizaba mi madre, adosada a la pared, estaba una pequeña caja fuerte Fichett que se abría con una llave que siempre me pareció extraordinaria y tres ruletas para la clave que no funcionaban, pues se averió y hubo que abrirla con soplete, por lo cual tenía una pieza de metal soldada en el fondo. En la mesa estaban aquellos selladores metálicos que impregnaban con tinta negra y que se usaban con potentes golpes que resonaban en la oficina como auténticos martillazos. Esta práctica sólo la he visto ejecutar con tanta energía en Correos y Telégrafos, pues en otras oficinas utilizan selladores de caucho que se aplican con suavidad. También recuerdo el sello para lacrar cartas importantes que requería un ceremonial especial: encender un mechero, calentar el lacre y dejarlo gotear en la solapa del sobre y apoyar el sello de Telégrafos en el lacre caliente. Además, había libros sorprendentes como el Nomenclator, tomo de tapas azules con el listado de todas las oficinas de España, islas y plazas de soberanía o el “centimatón”, cuadernillo destinado a llevar las cuentas de los céntimos de peseta. Junto a estas dos mesas había un botijo negro, colocado sobre un bastidor fabricado con maderas, que además se usaba como señal, ya que puesto en la ventana le indicaba a mi madre que debía regresar de sus escapadas fortuitas a casa o a la tienda de alimentación de Desiderio Torres.



1962. Oficina de Telégrafos en la avenida del Ejército Español

El mobiliario de la oficina era totalmente nuevo, de formica muy brillante color claro. De todos los muebles me llamaba la atención un clasificador con muchos casilleros que se cerraba con una tapa que servía de mesa. Por su parte, los aparatos telegráficos estaban apoyados en dos mesas sólidas con patas de hierro, una para el teletipo Siemens, con su rueda envolvente para la cinta, el gomero por el que pasaban la cinta del teletipo que luego se pegaría sobre el impreso del telegrama y a la derecha un manipulador, un acústico y un amperímetro. El gomero se llenaba de goma arábica cuya preparación también era una especialidad, pero con el tiempo llegó la modernidad y las cintas engomadas, por lo que gomero ya sólo se llenó con agua.

En otra mesa estaba el aparato de Morse que funcionaba con un sistema de relojería al que se le daba cuerda. Tenía su rueda para la cinta y a la derecha otra caja con tres manipuladores, dos acústicos, tres amperímetros y un pequeño conmutador suizo. Cuando desaparecieron las conexiones telegráficas con Boltaña y Benasque, el Morse quedó para Estadilla, oficina municipal que llevaba M^a Paz Bardají Codera y que estaba en su propio domicilio. Inicialmente, la línea telegráfica partía de Monzón, pasando por Fonz, pero con los años la sustituyeron por una telefónica que funcionaba con la clave de timbrazos, mientras que el Morse quedó para la conexión con Barbastro. Posteriormente, en los años ochenta, cuando instalaron el Gentex, el Morse quedó relegado para pruebas. Con diferencia, lo más sorprendente para cualquier profano siempre fue ver transmitir en código morse con el manipulador y recibir la contestación a oído, en el acústico, o impreso en puntos y rayas que los telegrafistas leían de corrido. Incluso, mi padre aprendió varias palabras y estaba deseando que mi madre le dejara retransmitir el cierre o alguna otra cosa sencilla.

En la pared de la calle había una repisa con cuatro manipuladores, acústicos y amperímetros respectivamente y adosado a la pared un gran conmutador de tiras metálicas en el que se hacían las pruebas, cambiando de hilo cuando había alguna avería y los celadores salían a la línea para efectuar reparaciones.

Al fondo de la oficina había otra habitación separada por una celosía de obra con cristal que se dedicó al servicio TELEBEN, que era un sistema para recibir telegramas por teléfono y cobrarlos posteriormente. En esta oficina había tres teléfonos, uno automático, de aquellos de baquelita, por el que podían remitir telegramas a cualquier pueblo del entorno, por ejemplo, a El Grado, con gran actividad como consecuencia de las obras de la presa, cuya central telefónica estaba en casa de Lidia Beneded, que disponía de impresos para telegramas que transcribía a mano y luego repartía. Otro teléfono no automático de Telefónica, permitía conectar con una serie de pueblos como Adahuesca, Bárcabo, Arcusa u Olsón y que a golpe de timbre, en una clave convenida, se llamaba a un pueblo concreto, aunque se tenía la seguridad de que toda la línea estaba escuchando el telegrama que se leía. Pero el más sorprendente era un teléfono antiguo con caja de madera y auricular de trompetilla, que por la línea telegráfica comunicaba con Estadilla o con Huesca en caso de apuro. Finalmente, había un cuadro de fusibles con el pararrayos, ya que por allí entraban las líneas que venían desde el poste de entronque que estaba en la actual Avda. de la Merced.

Al lado de la oficina había una habitación con la caldera de la calefacción, donde aprendí de Javier Galdeano los rudimentos del pirograbado usando el atizador de hierro y algún pedazo de leña regular que coloreaba con acuarela. En el piso superior estaba el

archivo, la habitación de la pila para el Morse, colocada en una estantería de madera, con los vasos de cristal, sus electrodos y carbones, siendo mantenida por los celadores, pues al lado tenían sus utensilios; el más espectacular sin ninguna duda eran los trepadores para subir a los postes. Por último, estaba el despacho del jefe con un sillón giratorio que a los cuatro hermanos nos volvía tarumba.

En el 2ª piso del edificio de la carretera de Salas estaban los pabellones de cargo, el del jefe de Correos, utilizado por José Arcarazo y el de Telégrafos por Feliciano Mozas, ya que mi madre nunca lo ocupó, pues nuestro domicilio estaba más cercano, enfrente de la oficina, por lo que nos pusieron un timbre en casa para casos de urgencia y que pulsaban todos los días desde Huesca, cuando sonaba movíamos la cortina del comedor, y mi madre sabía que había funcionado. Por último, mencionar el almacén que estaba en el Hospital de San Julián, lleno de postes, rollos de hilo, palomillas y aisladores.

Trabajo de la oficina

Barbastro dependía directamente de Huesca que era el Centro y su jefe directo era Don Aurelio Bierge, del que se hablaba en casa con “reverencia”. La relación telegráfica era mediante el teletipo y el cese lo daba el Centro. El trabajo consistía en transmitir o recibir tanto telegramas como giros que eran llevados por los repartidores en una vieja bicicleta Orbea con un rótulo en el que, sobre la bandera nacional, ponía TELÉGRAFOS; posteriormente, llegó una Vespa. Cuando se recibía un telegrama en el teletipo, la cinta con el texto se pegaba sobre el impreso que luego se cerraba, mientras que si llegaba en morse, el texto se transcribía al impreso a mano o a máquina. Los giros los llevaba un repartidor, aunque al cuartel subía el aviso, para que los soldados fueran a cobrarlos. Un cometido de Telégrafos totalmente desconocido fue la transmisión diaria de los datos meteorológicos. Esta obligación se instauró en 1880 y se mantuvo hasta los años sesenta.

Los horarios eran draconianos, de lunes a sábado, de 8 a 22 h. cuando había dos telegrafistas trabajando a turno, mientras que el domingo cerraban a las 14 h. Había días señalados como Noche buena o Noche vieja que acompañábamos a mi madre en la oficina hasta que le daban el cese, para poder ir a casa a preparar la cena y así casi toda la vida. En situaciones excepcionales, por ejemplo, en las votaciones, la oficina permanecía abierta hasta que los colegios electorales hacían el escrutinio y el Juez remitía las actas que eran transmitidas a Huesca. En esta espera también participábamos toda la familia. Posiblemente, las últimas elecciones en las que intervino mi madre, fueran las generales de 1982, en las que transmitió los resultados de todo el Partido Judicial, incluido Barbastro, y como cosa extraordinaria, a los telegrafistas les subieron la cena desde la Sociedad Mercantil Artesana, impensable en épocas anteriores.

Una circunstancia especial se produjo en 1973, cuando mi madre recibió una Tarjeta del Servicio de Movilización Nacional que, entre otras cosas, decía: “En caso de movilización del Servicio queda equiparada a la categoría de Brigada de Telecomunicaciones” y que “la equiparación militar que figura en esta tarjeta tendrá exclusivamente efectos jurisdiccionales relacionados con el Código de Justicia Militar”. Un año después, recibió un oficio del Delegado Jefe del Centro Provincial de Huesca, recordándole la obligación que tenía de informarle directamente en caso de que “ocurriesen circunstancias anómalas o catastróficas que pudiesen incidir en nuestro servicio...”, haciéndolo por telégrafo, abriendo la estación o bien a un número particular que se indicaba. Esta militarización de mi madre dio lugar en la familia a muchos

chascarrillos, sobretodo con mi padre que había estado tres años en el Servicio Militar y que decía “lo único que me faltaba era tener en casa un Brigada”. Esta militarización tenía que ver con un movimiento reivindicativo que se estaba gestando en el Cuerpo y que el Gobierno intentó controlar mediante la amenaza de militarizar a sus funcionarios, pues, tradicionalmente, el Cuerpo de Telégrafos había sido siempre muy reivindicativo. Finalmente, en diciembre de 1974 se produjo en Madrid el primer paro desde la Guerra Civil, con la consiguiente represión; aunque esto no era novedoso, pues en 1882 se produjo la primera huelga de funcionarios de España o “Huelga romántica de los telegrafistas”. Posteriormente, en 1918, protagonizaron otra de celo, por lo que el Gobierno militarizó a Correos y Telégrafos, la Guardia Civil ocupó las oficinas y se disolvió ambos Cuerpos, aplicándoles el Código de Justicia Militar. El nuevo Gobierno de Antonio Maura puso fin al conflicto, restituyendo al personal cesado a sus destinos.



Mª Paz Bardají, telegrafista de Estadilla, en su oficina, cosiendo

Otra faceta de los telegrafistas era su relación con el público. Siempre he pensado que la ventanilla era una especie de confesionario por el que pasaba buena parte de los residentes en la ciudad; por ejemplo, los infinitos soldados que hicieron el Servicio Militar en Barbastro y que esperaban con verdadera ansiedad el giro que les remitían desde casa. Hubo días que se recibieron más de cuarenta. Otro grupo era el de los que estudiamos e hicimos la mili fuera de Barbastro, que nos tocó pedir dinero por esta vía. También estaban los comerciantes, industriales y talleres que solicitaban género o piezas y que, posteriormente, remitían el importe por giro o bien los que pagaban multas o sanciones. Finalmente, mencionar a la funeraria, esperando incansablemente durante horas la autorización de Sanidad para inhumaciones o traslados de cadáveres. En muchas ocasiones el público daba una explicación de los pagos, sin saber que los telegrafistas estaban sometidos al secreto profesional y que nada iba a salir de sus labios. En este infinito ir y venir de personas, mi madre llegó a conocer a la mayoría de los habitantes de la ciudad y en aquella relación surgían preguntas o consultas, como la de algunos padres que tenían que mandar a un hijo a estudiar fuera y le consultaban a mi madre, pues ¿quién mejor que aquella “chiqueta” que había venido de Zaragoza para plantearle el dilema?. Mi madre fue consejera, cómplice y persona próxima a la que los barbastrenses confiaron muchos problemas particulares.

Personal de la oficina

La plantilla habitual se compuso de un par de telegrafistas, tres o cuatro celadores que se habían concentrado en Barbastro al desmontar las líneas de la montaña y un par de repartidores. Posteriormente, mi madre se quedó sola y los celadores fueron concentrados en Huesca, excepto Fidel Lasasosa encargado de la línea de Estadilla. Durante los permisos de verano o bien por bajas laborales, mandaban suplentes desde Huesca. Esta dinámica determinó que por Barbastro pasaran infinidad de personas, de las que sólo puedo citar a las que mi memoria recuerda, por ejemplo, Feliciano Mozas, jefe de la estación, y a los telegrafistas Pedro Terrén, Hilario Larráz, persona muy hábil, capaz de fabricar objetos con cinta de teletipo pegada y pintarlos, Ángel ¿?, José Antonio Escario, Angelines Escartín que fue la única compañera que tuvo mi madre, Juan José Pérez Escartín y Juan José Suelves Montes, único compañero en activo. De la plantilla de celadores recuerdo a los señores Palacio, Biñuales, Fidel Lasasosa, Gairín, Luis Pérez y a José Galdeano, que era el capataz y con el que mi madre tuvo una excelente relación profesional. Hacían el recorrido de la línea en bicicleta o en motos particulares, para evitar contactos con las ramas, la caída de hilos o la rotura de los postes. Cuando había averías serias, aparecía la furgoneta de Huesca que llevaba en la caja un dispositivo para transportar postes. Finalmente, estaban los repartidores entre los que hubo algunos celadores mayores o con limitaciones que prefirieron pasar a reparto, por ejemplo, el Sr. Nerín o José Palacio, aunque la mayoría fueron chicos jóvenes, algunos de ellos hijos de los celadores como Javier Galdeano o sin relación con el Cuerpo, como José M^a Briansó. En los años ochenta hizo una sustitución la primera repartidora, Araceli Cabero que iba en moto y causó sensación. Al ser nombrada Ana María encargada de la estación, estuvo al mando de una plantilla de hombres, lo que no era nada normal en los años sesenta, pero siempre tuvo el suficiente carácter para mandarla.

La oficina de Telégrafos y la familia

Para los cuatro hermanos la oficina de Telégrafos fue una parte importante en nuestra niñez y adolescencia, una verdadera guardería, ya que con los horarios de mi madre, su presencia en casa era muy escasa. En invierno había una calefacción estupenda, pero en verano ni con los toldos echados se podía respirar, a pesar de lo cual pasamos muchas horas repasando lecciones, traduciendo del francés o del latín, haciendo infinitas láminas de dibujo artístico o lineal, ya que mi madre sabía manejar el compás y el tiralíneas con habilidad, jugamos lo increíble y escribimos a máquina en una de aquellas negras antigua. También era obligatorio llevar las notas, donde sufrían el primer filtro y la correspondiente reprimenda cuando tenían algún suspenso que era bastante frecuente. En alguna ocasión me encargó pequeños trabajos remunerados, como, por ejemplo, repasar a tinta los planos de los circuitos eléctricos de la estación o la reparación de las grapadoras siempre encasquilladas. Por su parte, mi madre desde la ventana que daba a los “Jardinetes” controlaba nuestras vidas, verificando el regreso del colegio, la subida en fila a los campos de deporte de los Escolapios, incluso el movimiento en nuestra casa, pues en cuanto veía algo sospechoso pasaba volando y casi siempre nos cogía “infraganti” en alguna actividad no permitida. Los domingos era habitual visitar a mi madre en la oficina y esperar a que le dieran el cese en el bar de la Sociedad Mercantil, jugando a las “maquinetas” y tomando un vermut, normalmente, calamares rebozados que mi padre se encargaba de compartir, subiendo una ración a la oficina. Cuando por fin cerraban nos íbamos a casa a comer.

En un momento determinado, se generalizó la celebración del aniversario de la fundación de Telégrafos, y los funcionarios dependientes del Centro de Huesca, organizaban una comida para poder verse y hablar un rato. Yo asistí a alguna de aquellas reuniones, donde conocí a esas personas misteriosas que desde Huesca nos tenían en vilo hasta que sonaba el acústico “dándonos” el cese, o a los jefes de los que se hablaba en casa con una mezcla de miedo y reverencia.



Correos y Telégrafos en la Avenida del Ejército Español. Puerta principal de acceso a las oficinas con sus rótulos

Decadencia de Telégrafos

La tecnología no perdona y a Telégrafos le salieron competidores. El giro telegráfico murió cuando los bancos crearon las libretas de ahorro que permitían sacar dinero en cualquier sucursal. Por otra parte, la inmediatez del teléfono fue dejando en desuso los telegramas que no llegaban a todos los rincones y, además, la informática se fue abriendo paso inexorablemente, dejando obsoletos los sistemas telegráficos. El final del Cuerpo de Telégrafos vino de la mano de la ley de Cuerpos de 1979 que lo fundió al de Correos y, aunque estas maniobras siempre fueron mal acogidas por los telegrafistas

que se consideraban más técnicos y con mayor estatus, los criterios económicos mandan. Ana María tenía muchas reticencias ante la fusión, pues después de llevar veinte años de encargada, se veía supeditada al Jefe de Correos y que iban a invadir su territorio y autonomía. Como Jefe se designó a Ramón Arce, del Cuerpo Técnico, mientras que Ana María quedó como 2ª Jefe de Correos y Telégrafos, al ser del de Gestión. Inicialmente, compartió la oficina con la Caja Postal y con el funcionario correspondiente, mientras ella siguió haciendo su trabajo. También designaron a un compañero de Correos, Andrés Ginepor, para aprender el trabajo de Telégrafos, lo que le permitiría ausentarse de la oficina sin el problema tradicional del abandono de servicio y los avisos con el botijo. Además, descubrió que los “Correos” eran gente muy animada y divertida que enseguida organizaban un aperitivo. La verdad es que a Ana María le costó mucho solicitar la jubilación anticipada, pues nunca se había encontrado tan a gusto trabajando, acompañada y sin el peso de toda la responsabilidad.

El fin de una época

La oficina de Telégrafos de Barbastro desapareció físicamente el año 2000, cuando las instalaciones de la Avda. Ejército Español se trasladaron a las del Beato Escribá de Blaguer, ya que los celadores de Huesca desmontaron y se llevaron todo el material, pues en la nueva oficina se funcionaba con Internet, además en los rótulos sólo aparece el nombre de Correos y mi madre le decía constantemente a Jesús Muzas, compañero de la Caja Postal, que ¿porqué no estaba el de Telégrafos en ningún sitio? y Jesús, como buen amigo y compañero, nunca le quiso contar que Telégrafos, como ella lo había conocido, había desaparecido definitivamente y que el último telegrafista de Barbastro, Juan José Suelves, ya no transmitía ni en morse ni en Gentex, evitándole de esta manera el dolor que hubiera sentido al saberlo, como de alguna forma lo sentí yo cuando tuve conciencia de que aquel mundo romántico en el que había estado implicada mi familia desde 1913, mi abuelo Alfonso, mi tío Fernando y mi madre, era ya historia. En estos momentos siguen existiendo los telegramas, el giro postal se denomina giro urgente a domicilio, con un cartero específico, y giro inmediato que se puede cobrar en cualquier oficina, con una clave que le dan al usuario, pero todo vía Internet.

Desde mi casa en Barbastro, en la que vivió mi familia toda la vida, sigo viendo la antigua oficina de Telégrafos y la ventana desde la que mi madre nos controlaba y le hacíamos la señal cuando sonaba el timbre y también veo el último poste que queda, plantado en los “Jardinetes”, con una tramo de línea telegráfica que va desde la casa de los vinos Murillo a la antigua estación de Telégrafos que, milagrosamente, se ha salvado del desmantelamiento de las líneas y pienso en mi madre y en tantos y tantos telegrafistas que hicieron infinitas horas de guardia, para proporcionar a la ciudad y sus vecinos el servicio de comunicación más moderno y rápido que jamás habrían soñado cuando en 1856 se abrió la oficina del **Telégrafo Eléctrico de Barbastro**.



Ana María en su ventanilla en 1986

LUIS ALFONSO ARCARAZO GARCÍA
M^a PILAR LOREN TRASOBARES

ZARAGOZA, 14 DE JUNIO DE 2006

Quiero expresar mi mas sincero agradecimiento a D. Jesús Muzas, a D. Juan José Suelves, a D. Javier Galdeano y D. José M^a Briansó, compañeros de mi madre, lo mismo que a la **ASOCIACIÓN DE TELEGRAFISTAS DE ESPAÑA** www.telegrafistas.com y al Sr. D. Sebastián Olivé. por su colaboración, así como a la Sra. Dña. Magdalena Carrascal del **MUSEO POSTAL Y TELEGRÁFICO**, <http://www.correos.es/contenido/17P-Museo/0500-Museo.asp> por los datos proporcionados para elaborar este trabajo.